

---

# El sínodo arquidiocesano de Bogotá: una tarea eclesial

---

*Rafael de Brigard M., Pbro.*

---

## LO QUE TODOS PERCIBIMOS

La Iglesia católica ha sido por más de cuatro siglos testigo excepcional de la historia de Bogotá y, a la vez, protagonista de muchas de las realidades que allí se han dado desde su ya lejana fundación. Su presencia ha sido amplia en todos los campos de la sociedad y ha gozado, por lo general, de una cordial acogida por quienes habitan y conforman la vida de la capital de la República.

La presencia actual de la Iglesia en Bogotá sigue siendo amplia y se extiende a todos los rincones geográficos de la ciudad, lo mismo que a las más diversas actividades de tipo religioso, social, cultural, educativo, etc.

Sin embargo, el crecimiento desmesurado de la metrópoli, la suma de diversas gentes, la confluencia de las más variadas situaciones críticas de la nación y otros tantos fenómenos propios de la vida contemporánea de las urbes, han producido en nuestra Iglesia católica un estado de crisis.

La Arquidiócesis de Bogotá, a través de sus diversas personas e instituciones no ha cesado ni por un momento de trabajar en su misión pastoral. Cada año se multiplican los esfuerzos catequísticos, se prepara a conciencia a quienes formarán nuevas familias, se predica sin descanso, se crean y promueven grupos de oración

---

\* Presbítero de la Arquidiócesis de Santafé de Bogotá. Licenciado en Teología, Pontificia Universidad Javeriana (Santafé de Bogotá). Profesor del Seminario Mayor "San José" de la Arquidiócesis de Santafé de Bogotá.

---

y reflexión, se erigen nuevas parroquias, se ordena a nuevos sacerdotes, etc.... Sin duda alguna, la existencia de la Iglesia de Bogotá no transcurre propiamente detrás de un escritorio.

Pero, con todo y lo anterior, el católico común ve que su Iglesia no atraviesa por el mejor momento. A la par de los esfuerzos citados, hay numerosos fieles cuya fe ha caído en una tibieza impresionante; las realidades de pobreza y violencia de la ciudad no siempre sugieren que el evangelio esté fermentando costumbres y relaciones sociales. Los pastores de la Iglesia, obispo y sacerdotes, están obligados a asumir numerosas ocupaciones que no son exactamente parte de su misión evangelizadora y que por lo mismo les limitan su tiempo para el pueblo de Dios, que anhela ser escuchado y orientado.

Por otra parte, asistimos a un auge inusitado de agrupaciones religiosas por fuera de la Iglesia Católica, lo mismo que a una inmensa propagación de los más variados fenómenos de tipo pseudo-espiritual, como la brujería y la superstición en todas sus expresiones posibles. Y, dentro de la misma Iglesia, una descontrolada religiosidad popular que a través de santuarios y lugares específicos parece expresar la fuerza de un catolicismo de base al cual las orientaciones y exigencias de los pastores no tienen fácil acceso.

Muchas son, pues, las situaciones internas y externas que han colocado a la Iglesia católica de Bogotá en estado de cuestionamiento permanente. La mayoría de los fieles se preguntan hoy con alguna incertidumbre sobre el papel que cumple y debe cumplir la Iglesia. Hay anhelos de verla con más presencia transformadora en medio de la gran ciudad. Hay extrañeza en muchos, pues el derrotero de la Iglesia local no siempre se descubre con claridad y la proximidad del siglo XXI pareciera encontrarnos a la deriva en algunas realidades pastorales.

En el orden de los grandes ideales y del deber ser, se viene hablando de tiempo atrás en nuestra Iglesia de Bogotá, de la nueva evangelización, como se habla en gran parte de la América Latina. También se ha entrado en una era de elaborar planes para todas las acciones pastorales, proponiéndose objetivos claros conceptualmente; se ha recalcado la necesidad de hacer de las estructuras diocesanas unas realidades al servicio fundamentalmente de la pastoral; la curia, las vicarías, los arciprestazgos y parroquias sienten que de no ser por su servicio pastoral su existencia sería incomprensible. El clero se reúne incesantemente en busca de nuevas acciones evangelizadoras; existen numerosas delegaciones pastorales en la arquidiócesis,

---

además del servicio específico de cada comunidad religiosa, de acuerdo con sus particulares carismas.

Todo lo anterior se constata con facilidad en la Arquidiócesis, pero también se constata que un andamiaje de tales dimensiones, con tantas personas involucradas en él, con tantos recursos utilizados, con tantos lugares de servicio al pueblo de Dios, debería rendir frutos inmensamente mayores. Y quizás esta es la inquietud que hace ya varios años viene flotando en el ambiente de la Iglesia de Bogotá: después de tanto trabajo y de tantos esfuerzos, la mayoría de ellos hechos con sinceridad y en aras de la salvación de las almas, ¿por qué los resultados son tan escasos y por qué la sociedad de Bogotá se asemeja tan poco a los ideales evangélicos?

Ciertamente la percepción que todos tenemos de la Iglesia católica en Bogotá no es homogénea, pero coincide en el hecho de situarla en un momento álgido de su historia. Y, simultáneamente, descubrimos que en la hora presente bullen en su interior numerosas corrientes y voluntades empeñadas en hacer lo que sea necesario para darle un segundo aire a su ya secular tarea evangelizadora.

## **LAS PREOCUPACIONES ARZOBISPALES**

El 19 de julio de 1984 toma posesión como Arzobispo de Bogotá, su actual Pastor, Monseñor Mario Revollo Bravo. Sacerdote y obispo del clero de Bogotá, conocía la grey que se le encomendaba y sabía también que, mucho más que un honor, lo que recibía era un enorme reto.

En su homilía de posesión no quiso disimular lo que él ya presentía como tareas inaplazables y las circunstancias que rodearían su ejercicio pastoral. Habló de Bogotá como la ciudad *en la que forzosamente se encuentran los problemas y las esperanzas de todo el país*. Reconoció la inaplazable necesidad de atender todos los frentes de la evangelización, en estrecha colaboración con los obispos auxiliares, el clero, los fieles y los religiosos. Mencionó así la tarea por hacer:

*Es necesario atender todos los frentes: la catequesis de niños, jóvenes y adultos; la pastoral familiar en sus distintas formas de expresión; la pastoral juvenil como respuesta a esa inmensa generación de jóvenes que son a la vez reto y esperanza; la formación y promoción de los laicos, para*

---

*que sean fermento evangélico de la masa y portadores del mensaje cristiano a la familia, a la escuela, a la universidad, a la empresa, al mundo de la política; el servicio pastoral a la universidad, en donde muchos profesores y alumnos quieren vivir y dar testimonio de sus convicciones católicas y decir en voz alta que no hay contradicción entre fe y cultura; la pastoral social, más apremiante hoy, que sea palabra y acción que promueve y tiende la mano a los pobres; el apostolado con los pobres que sufren dolores de cuerpo y alma y esperan consuelo y alivio en la caridad cristiana (Homilía de posesión pag. 24-25)*

También reveló su complacencia por la organización que ya traía la Arquidiócesis, comprometiéndose a vigorizar lo existente, en especial las estructuras vicariales. Y fue más lejos al anotar:

*Por esta razón, desde que fui enterado de mi designación por el Santo Padre, comencé a pensar en las formas más aptas para vitalizar las vicarías episcopales y en este afán he lanzado la mirada más allá de nuestras fronteras. Veo que en otras grandes ciudades del continente opera con éxito la figura de Obispos Auxiliares con funciones de Vicarios Episcopales que, en estrecha comunión con el Arzobispo, comparten la responsabilidad pastoral en cada una de las zonas vicariales. Y me pregunto ¿por qué los resultados que en otras partes se han demostrado válidos no podrían ser igualmente válidos aquí? (Homilía, p.15-16).*

Sin duda alguna, la homilía de posesión del actual Arzobispo de Bogotá reflejaba por encima de cualquiera otra connotación, la preocupación por poner a tono con las circunstancias de la Bogotá moderna, el trabajo de la Iglesia Católica.

Visto y oído lo anterior, no extraña que cinco años después, el Señor Arzobispo Revollo Bravo se decida a convocar una asamblea sinodal arquidiocesana. Seguramente fueron cinco años de profundizar en la situación real de su grey y de darse cuenta de que las vías ordinarias para lograr cambios, no eran fácilmente asequibles. Lo que se requería era una revisión profunda que implicara todos los sectores de la Iglesia local para intentar darle un segundo aire al trabajo evangelizador de la metrópoli.

En el Anuncio (Documento de convocación al Sínodo, con fecha 17 de noviembre de 1989), expresa Monseñor Revollo varias ideas que pondrán en marcha un proceso largo y seguramente fructífero.

---

En primer lugar, recuerda que el Código de Derecho Canónico contempla entre los varios instrumentos pastorales con que puede contar un obispo, el del Sínodo Diocesano. El Señor Arzobispo habla del Sínodo como *forma peculiar de servicio a los fieles* (Anuncio, p. 1), lo cual indica que de ninguna manera este instrumento está dado para hacer más llevadera la vida del clero, sino por el contrario, lo compromete junto con todos los fieles en una forma más profunda, en la tarea evangelizadora.

En segundo término, el Señor Cardenal revela el por qué acudir específicamente a esta forma de renovación, describiéndolo así:

*Es la convocación de toda la comunidad diocesana, con amplia apertura de participación, para que los miembros de la misma expresen sus apreciaciones, inquietudes, anhelos y deseos respecto de la vida eclesial, señalada por características de distinto orden en el momento actual* (Anuncio p. 2).

Si hemos señalado en la primera parte el crecimiento desmesurado de la ciudad, tendríamos que añadirle ahora la desproporción que significa responsabilizar a un obispo de semejante comunidad humana. A nadie, pues, puede sorprenderle que el pastor convoque a todos los estamentos de su grey para que se hagan presentes en la ingente tarea que a todos nos llama y espera.

El espectro por analizar, estudiar, comprender, es sumamente amplio y ello requiere de muchas apreciaciones, opiniones, formas de sentir y de ahí que sólo el Sínodo dé cabida a todas las personas interesadas en renovar nuestra vida de Iglesia.

Desde esta perspectiva, el Arzobispo se situaba en un plan de amplia participación para todos los miembros de la Arquidiócesis. Mantener un centralismo asfixiante en una diócesis como Bogotá, sería desconocer que el mundo ha cambiado y que cada día es mayor el número de personas que, en todos los órdenes de la vida, quieren manifestar su parecer y ser agentes vivos en todas las decisiones y cambios que toquen su propia existencia ya sea en su dimensión política, religiosa, social, etc.

Intuye, por otra parte, Monseñor Revollo, que no pocas veces el trabajo de la Iglesia no parece tener puntos convergentes con la realidad de los hombres que decimos pertenecen al Pueblo de Dios. Anota a este propósito:

---

*En ese mundo que evoluciona tan rápidamente corremos el riesgo de perder el contacto con la realidad circundante y por tanto, de marchar en un camino paralelo pero no convergente con el de los hombres de Dios, a quienes la Iglesia debe llevar el mensaje de salvación. Es un mundo que en muchos aspectos presenta posiciones y actitudes no evangélicas, más aún, en ocasiones, abiertamente antievangélicas (Anuncio pp. 4-5).*

Esta intuición certera del obispo es preocupante y, desafortunadamente para la Iglesia, real. Da la impresión de que el difícil ambiente en que debe moverse la Iglesia actual de Bogotá, la haya hecho replegarse sobre sí misma, ajena en gran parte al ritmo y a las preocupaciones de la urbe, que es una especie de síntesis del país nacional. Esta forma de vida podría convertir al pueblo de Dios en Bogotá, en una especie de grupo esotérico, reservado para personas iniciadas en algunos ministerios más oscuros que claros.

Ante la innegable situación crítica, lanza el Señor Arzobispo el reto: *Es el momento de preguntarnos con toda sinceridad, qué estamos haciendo y cómo lo estamos haciendo (Anuncio p. 5).*

Identificar con precisión lo que la Iglesia en Bogotá realiza es tarea de titanes y saber cómo lo estamos haciendo, es un examen de conciencia de no fácil asimilación para el organismo eclesial, siempre racional y con cierta tendencia a los sofismas, cuando de buscar razones se trata. Pero nadie negaría que la pregunta arzobispal tiene justificación desde cualquier ángulo que se le mire o analice.

De aquí se desprende todo lo que ha sido la labor sinodal hasta el momento, y de la cual hablaremos en la siguiente sección.

Monseñor Revollo plantea en su Anuncio la necesidad de asumir tres actitudes fundamentales para el proceso que se avecina: escuchar, discernir y responder. Sólo con estas disposiciones se podrá lograr el propósito final, expuesto así por nuestro Pastor:

*En términos concretos, nos proponemos convocar a la Iglesia Arquidiocesana de Bogotá para responder pastoralmente, por fidelidad al hombre de hoy, con la participación de todos los que estén en capacidad de hacerlo, a los desafíos que la estructura y la cultura de la metrópoli plantean a la comunión y misión de la Iglesia (Anuncio p. 7).*

---

Realmente lo que refleja la cita anterior no es otra cosa que la angustia por evangelizar a una porción del pueblo de Dios que, en menos de treinta años pasó de ser una tranquila población, saturada de templos, conventos, procesiones, voces bajas, escasa gente acomodada y numerosos pobres resignados, a convertirse en un monstruo informe, agobiante, sin identidad propia, desordenado en su crecimiento, altanero en sus pretensiones y escaso de vida espiritual.

Y ya en la parte final del Anuncio, el Señor Arzobispo nos da una clave -¿la principal?- para la tarea por hacer. Si es un esfuerzo de toda la Iglesia local, el primer invitado será el Espíritu Santo, porque sólo El puede producir en nosotros frutos de conversión. Lo anterior podría sonar como una solución simplista a una realidad tan compleja. Pero la ya larga historia de nuestra Iglesia nos ha enseñado que nada más engañoso que plantear la evangelización en términos sociológicos o políticos, o de lucha de clases, aun de simple y llana promoción humana. No se han de confundir los medios y los fines, so pena de desencantos.

## **LA PARTICIPACION EN EL SINODO**

Para el Señor Arzobispo el Sínodo es un acto de fe, pues allí ha de manifestarse la voluntad salvífica del Señor. Quiere esto decir que será necesario que creamos en lo que se emprende como obra de renovación eclesial. Y si es toda la grey la que se implicará en el proceso, la connotación final del Sínodo ha de ser pastoral. Se justifica el Sínodo -en el parecer del Arzobispo- si de él se derivan nuevos caminos para conducir el rebaño a situaciones de novedad y cambio interior. De lo contrario, no pasará de ser un documento más de la Iglesia, de los muchos que ya existen y que esperan algún día ser leídos por alguien.

## **CAMINAR ESCUCHANDO**

La última vez que se realizó un Sínodo en Bogotá fue en el año 1931, convocado por el Arzobispo Perdomo. los días 6, 7, y 8 de diciembre de ese año en la Iglesia Catedral, el Obispo se reunió con su clero para discutir brevemente lo que se presentaba ya trabajado por algunos con cierta anterioridad. Las conclusiones de esta asamblea versaban, en su orden, sobre lo siguiente: los clérigos, los laicos, los sacramentos, los lugares y templos sagrados, el culto, el magisterio eclesiástico, los beneficios eclesiásticos, y los bienes temporales de la Iglesia. Finalmente, en un extenso apéndice, trataba toda clase de asuntos, incluyendo el uso de las campanas.

---

Sesenta años después entendemos que el esquema de trabajo del Sínodo Perdomo respondió con claridad al carácter de la Iglesia bogotana de aquel tiempo. Pero vemos también que, muchos de los conceptos allí manejados y de los pasos metodológicos, serían de poca aplicabilidad en un proceso como el que ahora se lleva a cabo.

Lo anterior revela que el Sínodo como tal, casi que debía partir de cero. Y la partida no fue fácil, pues se trataba de decidirse por un camino sin trazar, aunque las metas de renovación fueran conceptualmente claras.

El primer paso, amplio y detenido, de la actividad sinodal, ha sido consultar y escuchar. Se ha hecho un esfuerzo realmente grande para oír al pueblo de Dios de la manera más amplia y representativa. Encuestas, talleres y reuniones, han marcado esta primera etapa.

Se le ha consultado técnicamente a los laicos, llegando propiamente a lo que podríamos llamar la base del pueblo de Dios. Vicarías, arciprestazgos y parroquias, en su gran mayoría, han abierto con generosidad sus puertas a los fieles para que se expresen pensando en una Iglesia renovada.

El clero, generalmente escéptico a las innovaciones, ha dejado sentir su voz de apoyo a la iniciativa sinodal. Ha participado, efectivamente, en un porcentaje cercano al ciento por ciento en las actividades sinodales a las que ha sido convocado.

Los religiosos, en gran medida, han renovado a través del Sínodo su vínculo con la Iglesia particular, aceptando exponer su pensamiento y dejándose interpelar por los cuestionamientos que a todos nos tocan en este momento de nuestra historia eclesial.

La consulta y la tarea de escucha también se ha extendido a sectores específicos como la cultura, la educación, la salud, la juventud, etc., con amplia acogida por parte de los llamados a expresarse.

Aunque todavía es prematuro averturar conclusiones sobre cualquier aspecto del Sínodo, señalaremos algunas características que han tenido especial relevancia en esta primera etapa de la marcha hacia la asamblea final.

En *primer lugar*, se ha dado una *total apertura* para que todos los participantes se

---

expresen y sean escuchados con atención. El primero en escuchar ha sido el mismo Señor Cardenal, al igual que sus auxiliares y el clero. Este último, siempre acostumbrado a tener la palabra en su boca, ha sabido sentarse para oír a sus colegas, pero especialmente a los fieles, quienes por mucho tiempo no tuvieron un canal importante de expresión como miembros vivos de la Iglesia.

Un *segundo elemento* bien importante y fruto de los numerosos talleres de trabajo, ha sido el *descubrir* que la Arquidiócesis de Bogotá, en el orden de los sistemas, es uno de alta *complejidad*. El número de sus componentes es casi imposible de determinar, las relaciones internas forman una red que no se desenmaraña fácilmente, las necesidades a las que se debe responder se acumulan enormemente y las prioridades de trabajo no son de fácil determinación.

Ante un sistema de esta naturaleza, cuyas piezas han venido siendo identificadas pacientemente por los participantes en el Sínodo, una por una, no cabe duda de que no es ni será fácil introducir variaciones sustanciales, aunque cada vez es más clara la conciencia, por fidelidad a Dios, a la Iglesia y al hombre, de que es imperativo hacerlas. El cómo de este reto, aún no se vislumbra, pero seguramente aparecerá en el horizonte.

En *tercera instancia*, podríamos señalar la forma como el *clero*, en todos los niveles de la pastoral, no sale bien librado. Este primer paso de la marcha sinodal ha ido descubriendo una *imagen* no muy diáfana de los pastores. Demasiado individualismo en la evangelización, concepciones feudales de los cargos eclesíásticos, anquilosamiento en algunos de los mandos medios de la estructura arquidiocesana, vidas desgastadas en ocupaciones no propias del ser sacerdotal, escasa capacidad de vincular a los fieles en la difusión del evangelio.

Ya la consulta deja ver que de no darse un cambio profundo en la mentalidad de los clérigos, y por tanto de su forma de servir a la Iglesia, el Sínodo puede correr el riesgo de nacer muerto.

En *cuarto lugar*, nos ha revelado esta tarea de escuchar, que los *laicos* en nuestra Iglesia arquidiocesana siguen recibiendo trato de *menores de edad*, salvo contadas excepciones. Poco o nada se confía en ellos. No sobra anotar aquí, que de seguir con ímpetu la corriente que aboga por abolir la educación religiosa en la educación primaria y media, la Iglesia sentirá con inmenso dolor el no haber tenido disponible desde siempre, el espacio que por el bautismo les corresponde a los laicos. No

---

podríamos asegurarlo del todo, pero podríamos sospechar que no quedan clérigos que todavía piensen que la evangelización es asunto exclusivo de ellos.

Si el Sínodo no es la gran puerta de entrada de los laicos en las tareas propias de la misión de la Iglesia, habrá que asumir desde ahora la condición de minoría social a la que nos conducen irreversiblemente nuestras formas de proceder actualmente.

Finalmente, destacaríamos cómo la tarea sinodal nos ha mostrado sin tapujos lo que es en realidad una ciudad como Bogotá. A parte de la percepción que los pastores tienen de ella, se han obtenido profundos estudios de la metrópoli, elaborados por instituciones de la seriedad de la Cámara de Comercio y que nos repiten una vez más, que no podemos seguir pastoreando con mentalidad rural a una grey nacida sobre el asfalto y bajo la luz de neón. Cabría preguntarse desde ahora si realmente la Iglesia local ya asimiló en profundidad el cambio de nuestra gente respecto a generaciones anteriores nacidas y crecidas bajo otras circunstancias totalmente diferentes a las de nuestros días.

De lo que no hay duda es de que la marcha de renovación ha comenzado, se ha ido acelerando progresivamente y parece irreversible, gracias a Dios.

## **ESPERANZAS Y TEMORES**

El Señor Cardenal Revollo ha sido un predicador infatigable de la virtud de la esperanza. El Sínodo ha hecho que esta hermosa virtud resplandezca con mayor vigor en la hora presente de la Arquidiócesis. En buena hora se da esta realidad, pues las condiciones actuales de nuestra Iglesia no siempre son los mejores alicientes para trabajar por la instauración del Reino.

Sin pensar que el Sínodo sea la panacea de todos los problemas tan complejos que debemos enfrentar, sí se ha expandido entre muchos miembros y sectores de nuestra Iglesia la idea de que este proceso de revisión tiene que marcar las siguientes décadas de la Arquidiócesis; de lo contrario el panorama se tornará de castaño a oscuro.

Vendrán dos etapas fundamentales: el estudio de la consulta ya hecha y la asamblea sinodal. ¿Qué debemos esperar de ellas? En primer lugar una honestidad máxima para identificar los retos prioritarios, sin resistencias o manipulaciones que no pocas veces se ocultan bajo el suave velo de la ponderación. En segundo lugar, unas conclusiones operativas, ejecutables y acordes con los signos de los tiempos. La

---

base teológica que nutre la eclesiología y la pastoral, reposa con claridad desde tiempos atrás en los documentos del Vaticano II, Medellín y Puebla, básicamente. No parece que lo fundamental para el momento sea sentarse a concebir un engendro de eclesiología y pastoral bogotanas.

Por otra parte, nada más deseable que el Sínodo produjera una nueva realidad con vida propia. Por el bien de la Iglesia de Bogotá, este evento eclesial debe ser derrotero fijado para todos con carácter imperativo. Por ello mismo, como hasta ahora se ha hecho, debe evitarse cualquier identificación del Sínodo con personas particulares o corrientes grupales. En la medida en que la asamblea final produzca una realidad nueva, fruto del sano consenso y de la fundamental preocupación evangelizadora de todos, podemos esperar larga vida y numerosas luces de esta compleja empresa.

Tratándose de una empresa de renovación profunda, creemos que en un momento determinado se requerirá, no sólo de procesos que maduren, sino también de determinaciones drásticas que impriman nuevo carácter al ser de la Arquidiócesis. ¡Cuántas sugerencias audaces, proyectos ambiciosos, energías de sacerdotes y laicos celosos de su Iglesia y muchas otras realidades han permanecido por años a la espera de una oportunidad como la actual! Pensamos que el Sínodo tiene que dejar la atmósfera impregnada de un ambiente de optimismo y de prontitud en la acción que involucre más de cerca al pastor de la grey y a todos sus colaboradores.

¿Temores? Uno solo: que el Sínodo termine siendo un documento y nada más que eso, como ya lo insinuamos en párrafo anterior. Para evitar este peligro, se requerirá que los agentes evangelizadores que están en la brega de cada día, fieles y personas consagradas, tengan especial peso e influencia en las conclusiones sinodales. Los párrocos con su continua y cotidiana labor pastoral, los laicos empeñados en ser medios de difusión del Evangelio, los sacerdotes que tienen tareas pastorales específicas, las comunidades religiosas con sus carismas llenos de experiencias valiosas, los obispos empeñados en evangelizar más que en cualquier otra cosa; todas y cada una de las personas con sentido eclesial vivo, han de ser quienes determinen la densidad del fruto del trabajo.

Un Sínodo es tarea de Iglesia. Ninguno de los que nos sentimos miembros de esta Iglesia local podemos tener otro empeño que el de sacar adelante esta empresa. Hacerlo así será un signo inequívoco de nuestro amor a Cristo, presente en su Iglesia y animador primero de la nueva evangelización.